

La “formación” del analista y sus avatares sintomáticos

FRANCISCO RENGIFO LOZANO*

Espace Analytique, París, Francia

La “formación” del
analista y sus avatares
sintomáticos

The “training” of
the analyst and its
symptomatic vicissitudes

La «formation» de
l’analyste et ses avatars
symptomatiques

Resumen

La imposibilidad de formalización del acto analítico hace síntoma en las instituciones psicoanalíticas. El final relativo del análisis confronta al sujeto con aquello que podemos caracterizar como lo fundamental de su existencia, como el resultado de un saber agujereado, el lugar mismo de la ignorancia. Situado en ese lugar de la ignorancia, el analista no tiene otra alternativa que continuar en el didacticismo de La Cosa, es decir que, tanto en la práctica como en el trabajo de grupo, la tentativa de cernir La Cosa (como aquello radicalmente perdido) es el punto de fuego vivo que estamos llamados a atizar continuamente, como la única vía posible para confrontar las preguntas que se derivan del enigma que introduce el inconsciente en la cultura.

Palabras clave: paso al acto, acto del analista, formación, pase, garantía, síntoma, fantasma, *Das Ding*.

Abstract

The impossibility of formalizing the analytic act generates a symptom in psychoanalytic institutions. The relative end of analysis makes the subject face what we can describe as the most fundamental of his existence, as the result of a gapped knowledge, the very locus of ignorance. Placed in this locus of ignorance, the analyst has no alternative but to continue the didacticism of *Das Ding*. This means that, both in practice and in group work, the attempt to seize *Das Ding* (as that which is radically lost) is the red hot point that we are called to keep ablaze continuously, as the only possible way of facing the questions that derive from the puzzle that introduces the unconscious into culture.

Keywords: passage to act, analyst’s act, training, passage, guarantee, symptom, ghost, *Das Ding*.

Résumé

L’impossibilité de formalisation de l’acte analytique fait symptôme aux institutions psychanalytiques. La fin relative de l’analyse met au sujet face à ce que on peut appeler le plus fondamental de son existence, la suite d’un savoir troué, le lieu même de l’ignorance. L’analyste, mis à cette place de l’ignorance, ne peut faire d’autre que de perpétuer le didacticisme de La Chose, c’est-à-dire que autant dans la pratique qu’aux travaux en groupe, essayer de cerner La Chose (ce qui est radicalement perdu) est le point vif du feu à attiser de façon continue, seul voie pour faire face aux questions qui découlent de l’énigme qu’introduit l’inconscient dans la culture.

Mots-clés: passage à l’acte, acte de l’analyste, formation, passe, garantie, symptôme, fantasma, *Das Ding*.



* e-mail: franciscorengifo@yahoo.com



“Aquellos que lo que los hubiera llevado este año, si hubiera podido hablar del acto analítico hasta su término, habría sido hasta ese punto en donde podría decirles que no es por nada que les hablé de deseo del psicoanalista, porque además es imposible obtener otra cosa que fantasma del psicoanalista; y esto puede seguramente producir un poco de escalofrío, pero las circunstancias actuales nos conducen a considerar que lo que se obtiene solo es fantasma del psicoanalista, a saber: aquello que hay de más opaco, de más cerrado, de más autista en su palabra, que es lo que produce el choque en donde se descongela la palabra del analizante, y de donde viene a multiplicarse con insistencia esta función de repetición, a partir de la cual podemos permitirle aprehender este saber del cual él es el juguete”.

JACQUES LACAN, *L'ACTE PSYCHANALYTIQUE*

En un pasaje del seminario sobre los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, en donde Lacan comenta el aspecto engañoso del amor en el contexto de la transferencia, evoca igualmente dos dimensiones esenciales de la pregunta por el deseo del analista: en primer lugar, cosa rara en nuestros días, Lacan hace referencia al deseo de Freud. ¿Cuál es la especificidad del deseo de Freud en relación con la experiencia de la transferencia que él inventó? Y, en segundo lugar, Lacan hace alusión, no por azar, a la imposibilidad de nombrar ese deseo del analista:

Detrás del amor llamado de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del paciente. Es lo que Freud, con un rápido juego de manos, presentó como engañabobos cuando dijo, a fin de reconfortar a los colegas: *después de todo, es solo el deseo del paciente. Sí, es el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista. No diré que todavía no he nombrado ese deseo del analista pues ¿cómo nombrar un deseo? Un deseo uno lo va cercando. Para esto la historia nos procura pistas y huellas.*¹

1. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Argentina: Editorial Paidós, 1989), 262.

Es extremadamente interesante percibir hasta qué punto este rápido escamoteo que Lacan atribuye a Freud es un problema que parece contradecir el aspecto transgeneracional de la transmisión del deseo del analista, ya que si Freud quiso escamotear la pregunta, como lo sugiere Lacan, no por ello podemos perder de vista el hecho de que el deseo del analista es el deseo de Freud, puesto que fue él quien inventó esta experiencia de la escucha del deseo del otro que llamamos psicoanálisis.

Es sorprendente escuchar, de parte de algunos poslacanianos, hasta qué punto están convencidos de que el deseo del analista es una invención de Lacan, y cuando hablan del tema, se oye un discurso acartonado, con frases prefabricadas y haciendo referencia a los mismos conceptos abstractos y completamente fuera de contexto: atravesamiento del fantasma, destitución subjetiva, caída de los ideales, des-ser (*desêtre*), etc. Para hacer una lectura apresurada de esos conceptos, diríamos que el atravesamiento del fantasma no implica su abolición. La destitución subjetiva no destituye al sujeto, la única manera de destitución subjetiva es el paso al acto suicida, que lo conduce a su desaparición. Los ideales no se caen. Un sujeto que ha hecho un análisis y que decide ejercer la práctica del análisis tiene sus propios ideales, aunque sean inconscientes. Y con respecto al des-ser, sabemos hasta qué punto hablar de des-ser nos conduce directamente al discurso soporífero del místico.

Para volver al parágrafo citado anteriormente, podemos ver que Lacan es bastante explícito al insistir sobre la imposibilidad de nombrar ese deseo del analista. El deseo del analista no se puede nombrar. Podemos cernirlo, y se cierne a partir de los eventos de la historia del sujeto. Es decir que el deseo del analista, como todo deseo, está articulado con el fantasma.

De entrada podemos constatar que el deseo del analista no es el resultado de ninguna suerte de providencia divina ni la asunción de una supuesta santidad. El deseo del analista, como cualquier otro deseo, está articulado pero es imposible articularlo. Ese deseo no se puede nombrar, pero se mantiene articulado con el fantasma.

Se pueden situar aquí dos puntos de referencia a través de los cuales es posible abordar la problemática de la formación y del devenir analista: de un lado, el deseo del analista como imposible de nombrar, o de articular, y, de otro lado, tenemos el montaje de eventos de la historia del sujeto que permiten cernir ese deseo. Imposibilidad de articulación y construcción, y puesta en forma de una escena particular corresponden a las dos dimensiones clínicas esenciales de la experiencia analítica: síntoma y fantasma.



EL MALESTAR EN LA INSTITUCIÓN

El problema de la formación del analista siempre ha sido un tema de polémica a todo lo largo de la historia del movimiento psicoanalítico. Hasta convertirse en el síntoma mismo del psicoanálisis, ni las extensas elaboraciones de la doctrina, ni los analistas, ni las escuelas psicoanalíticas pueden dar cuenta, en un mínimo de consenso, de las particularidades de ese paso del analizante al analista. Probablemente el único consenso general de todas las instituciones de formación de analistas concierne a la necesidad de hacer un análisis. No hay un discurso común sobre la manera en que un sujeto que ha atravesado la experiencia del inconsciente —del suyo, para ser más precisos—, puede a su vez realizar ese paso del analizante al analista.

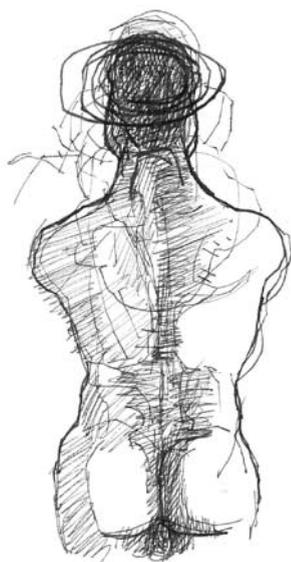
Me parece que este aspecto nos da una pista mayor con respecto a la singularidad del deseo que define el paso en cuestión. Es importante subrayar este punto, puesto que, si es imposible formalizar la cuestión del fin de análisis, la dificultad de formalizar aquello que lleva a alguien a instalarse como psicoanalista se redobla.

El problema de la formación y del devenir analista hace síntoma en las instituciones analíticas. La experiencia del pase y su consecuente fracaso² es un ejemplo emblemático de esta manifestación sintomática, que, sin duda, estaba presente mucho antes de que Lacan introdujera el dispositivo. La historia del movimiento psicoanalítico demuestra sin ambages hasta qué punto la cuestión de devenir analista y de la garantía de su función es un aspecto sintomático de la institución.

Resulta bastante paradójico que la querrela de siempre, que estuvo en el origen de la fundación de la institución psicoanalítica, está igualmente en el origen de la ruptura del lazo social entre psicoanalistas. Las preguntas mayores, que han producido la asociación de analistas en grupos, son las mismas que producen las escisiones y disoluciones de esos grupos.

Me parece que algunas escuelas psicoanalíticas francesas, que he tenido la ocasión de frecuentar, están poseídas por este fantasma de la garantía. Tenemos un ejemplo reciente de la manera en que el síntoma de la transmisión imposible se anuda al fantasma de la garantía que hace estallar las instituciones: la escisión más reciente tuvo lugar en 2004, cuando 17 miembros del Cuarto Grupo renunciaron de manera individual y se reagruparon en un grupo de estudio, con el fin de solicitar su afiliación y trabajar bajo la égida de la IPA. Es decir, recomenzar la formación. Sin duda para ellos es más seguro pertenecer a un *study group*, los famosos grupos de estudio de la IPA, que trabajar en un sistema de seminarios y carteles.

Este retorno de lo reprimido institucional es bastante sorprendente, porque, como se sabe, la IPA fue creada gracias a la insistencia de Ferenczi, al advertir a Freud



2. “¿Qué es lo que puede metérsele en la cabeza a alguien para autorizarse como analista? Me hubiera gustado obtener testimonios, pero naturalmente no obtuve ninguno. Por supuesto que es un completo fracaso este pase”. Jacques Lacan, “Intervención en las Jornadas sobre el Pase”, *Dauville, Lettres de l’Ecole Freudienne de Paris* 23 (1978).

sobre la necesidad de evitar las derivas de la práctica, sobre todo de aquellos que se autoproclamaban psicoanalistas. Es importante subrayar que en la época anterior a la creación de la IPA, los analistas que practicaban el análisis a veces no habían hecho ellos mismos un análisis antes de ejercer. En el mejor de los casos, primero se era psicoanalista y luego se hacía un análisis, o bien no se hacía en lo absoluto un psicoanálisis. Es el caso de psicoanalistas de la primera generación como Abraham, Rank, Sachs y otros.

La decisión de nombrar un psicoanalista era atribuida a Freud ad líbitum; era él quien determinaba quién, entre sus camaradas de la causa del inconsciente, podía ejercer el análisis. En la primera generación, se devenía analista según el deseo de Freud.

Para retomar la insistencia de Ferenczi sobre la necesidad de crear un organismo de formación, me parece importante interrogar las razones de esa insistencia: Ferenczi soñaba con una formación del analista acabada, sin fallas y sin fisuras, cosa a la cual Freud se oponía rotundamente. La IPA fue fundada en 1910 en el congreso de Nüremberg, y fue solo ocho años después que la formación didáctica se introdujo como condición para devenir psicoanalista.

No vamos a entrar en la complejidad de las relaciones entre Freud y Ferenczi, pero lo que me parece que hay que retener es hasta qué punto este aspecto de una formación ideal del psicoanalista tenía obsesionado a Ferenczi.

Al introducir el problema de la garantía bajo la forma de un ideal realizable, la institución analítica reprime lo no sabido de la formación y lo imposible de la transmisión, cosa que al menos tiene un aspecto positivo, que es producir la transferencia de trabajo que conocemos en todas las instituciones, en un empuje a la movilización para reencontrar eso que es no sabido.

En su caso, Ferenczi propuso la creación de la IPA. Su fantasma de devenir psicoanalista pudo realizarse por esa vía. Las preguntas que lo interrogaban con respecto al fin del análisis encontraron un punto de resolución a través de una Gobernación del psicoanálisis, gerente de la formación. Al fin existía la garantía. Él era precursor de una formación psicoanalítica, una verdadera formación. Me parece que esta creación de la IPA constituyó para Ferenczi la invención más conveniente a las preguntas que le suscitaba el fin del análisis. Era necesario reglamentarlo.

Volvamos a esas dos dimensiones clínicas evocadas más arriba, el síntoma y el fantasma.

Síntoma y fantasma son dos dimensiones clínicas que me parece indispensable poner en tensión, con el fin de interrogar los avatares del devenir psicoanalista y de su formación.



Si el problema de la formación hace síntoma a nivel institucional, ese síntoma debe necesariamente estar adherido a un fantasma. Me parece imprescindible preguntarse cuál es la función de ese fantasma y a qué hace pantalla ese fantasma.

¿La formación escolar del analista y su resultado, que es el de garantizar de manera implícita el acto del analista, no sería más bien una formación del inconsciente en el sentido de una manifestación sintomática? ¿Los problemas que se deducen de la formación del psicoanalista en las escuelas psicoanalíticas no son acaso el resultado del efecto imaginario de un fantasma institucional, ese fantasma de Ferenczi que estaba en busca de un ideal de la transmisión?

Me parece que es algo que merece ser llevado a examen, ya que la mayoría de escuelas de psicoanálisis en Francia se reivindican como instituciones de formación de analistas. Lo peor es que a veces las escuelas de psicoanálisis no advierten hasta qué punto reproducen un *impasse* de la transmisión introduciendo el fantasma: “Se forman psicoanalistas”.

Este enunciado, “se forman psicoanalistas”, debe ser leído a partir de la misma línea lógica que el enunciado: “pegan a un niño”. Un poco más adelante veremos en qué sentido el enunciado “se forman psicoanalistas” puede entenderse como una formulación fantasmática.

NO HAY FORMACIÓN DEL ANALISTA...

Cuando se habla de “la formación del analista”, se deduce fácilmente el hecho de que quien ejerce el análisis es forzosamente alguien que realiza una formación. El término “formación” designa la adquisición de un conjunto de conocimientos en relación con una técnica, una profesión o un oficio.

Podemos constatar que en lo que concierne a la práctica psicoanalítica, el término “formación” introduce una paradoja: hacer un psicoanálisis es una condición fundamental para aquellos que ejercen el análisis, pero no “forma” al psicoanalista, en todo caso no en el sentido usual del término “formación”.

El término formación, que viene del latín “forma”, designa el acto de dar forma. Pero, ¿cómo dar forma a algo que es justamente del orden de lo informe, algo que se reinventa y se renueva en cada encuentro con cada uno de aquellos que demandan hacer un análisis? Si el resultado final de un análisis es la invención de un saber en conformidad con la singularidad más radical del sujeto, entonces, ¿cómo formalizar lo imposible?

Lo que quiero decir es que el desenlace de un análisis no implica forzosamente que su recorrido pueda permitir a un analizante adquirir las competencias necesarias

para el ejercicio de la práctica del análisis. Dicho de otro modo, el desmontaje de las identificaciones que antes del análisis sumergían al sujeto en los laberintos del síntoma abre para este la posibilidad de establecer un pacto con su propio deseo, pero la paradoja resulta del hecho de que desear de otro modo no introduce forzosamente el deseo del analista. Si el deseo del analista fuera el resultado de un análisis llevado lo suficientemente lejos, todos aquellos que hubieran llegado a ese punto no tendrían otra alternativa que la de devenir psicoanalistas. Pero no es el caso.

Todo análisis es didáctico en el sentido de enseñarle al sujeto la manera de arreglárselas con el inconsciente y sus formaciones, pero no es didáctico en el sentido de enseñarle al analizante cómo trabaja un psicoanalista.

El advenimiento del deseo del analista está al margen de toda formación en el sentido habitual del término, porque me parece que devenir analista es el resultado del paso al acto de algo que empuja e insiste de una formación del inconsciente. La formación del analista en cuanto formación del inconsciente se funda en un real, imposible de atravesar, que está en relación con la represión originaria. Ese real impenetrable hace síntoma en las instituciones, por el hecho de la imposibilidad de su formalización.

En el congreso de La Grande Motte, en junio de 1975, Lacan fue bastante incisivo cuando hizo el balance provisional de la experiencia del pase, y habló de la didáctica para distinguirla de la formación, la formación entendida aquí como la formación del inconsciente que empuja al didactismo de La Cosa y que instala las coordenadas del deseo del analista:

Esto es lo que obtengo luego de haber propuesto esta experiencia (la experiencia del pase). Obtengo algo que justamente no es en lo absoluto del orden del discurso del amo, ni del magíster, aún menos algo que partiría de la idea de formación. He hablado de formaciones del inconsciente, pero es necesario saber situar las cosas de las que no hablo, de las cuales nunca he dejado huella: nunca he hablado de formación analítica, he hablado de formaciones del inconsciente. No hay formación del analista, pero del análisis se deduce una experiencia, a la cual es un error calificar como didáctica. No es la experiencia la que es didáctica, lo digo porque hace un momento se hablaba del psicoanálisis didáctico; ¿por qué creen ustedes que traté de abolir completamente el término “didáctico” y que hablé de psicoanálisis puro? Esto tenía sin duda una cierta orientación. Esto no impide que el psicoanálisis sea didáctico pero *el didactismo de La Cosa*, esta es la mejor manera como podemos situarlo.³

El advenimiento del deseo del analista está al margen de toda formación, salvo si se entiende por ello las formaciones del inconsciente. Esto es lo que sin duda llevó a



3. Lacan, Jacques. “Intervención de Jacques Lacan sobre el pase”. *Congreso de La Grande Motte. Lettres de l’Ecole Freudienne* 15 (1975): 185.

Lacan a afirmar que “no hay formación del analista sino formaciones del inconsciente”. Esta aserción puede ser interpretada de maneras diversas. Me parece que la idea esencial que Lacan busca introducir en el comentario precedente es que interrogar el problema de la formación es un esfuerzo vano. De lo que se trata es de interrogar la manera en que la práctica analítica se transmite de generación en generación y que remonta hasta el deseo de Freud. ¿Qué es lo que hace que en el análisis de un futuro analista opere un efecto de transmisión cuya fuente es ese deseo de Freud? Si el didactismo es el didactismo de La Cosa, de La Cosa freudiana, ese *das Ding* que Freud introdujo para hacernos palpable el hecho de que existir se paga al precio de una pérdida fundamental, esto quiere decir que en la transmisión lo que está en juego es la relación que el sujeto establece con su propio “nada”, ese resto que se deduce de su propia castración, es decir, La Cosa irremediabilmente perdida.

El saber del inconsciente es un saber que no se enseña, puesto que el inconsciente es causa de un saber que se sabe de no saberse, es decir que es un saber desalojado, sometido al olvido y a la represión. Ese saber del inconsciente, que a propósito no conviene al discurso universitario, ya que justamente es un saber que no se puede aprehender, ni aprender, nos da un ejemplo en el analista mismo, que no encuentra las palabras para dar testimonio de su acto.

El analista es un sujeto, él dice “Yo”, y a título de “Yo”, en cuanto que sujeto de un decir, todo lo que el analista pueda balbucear con respecto a este saber no es más que una pantalla al saber en cuestión, un fantasma... Esto nos reenvía nuevamente al hecho de que el deseo del analista, como cualquier otro deseo, está articulado pero no es articulable.

Si el inconsciente es un saber sin sujeto, resulta imposible dar cuenta de ese saber. No puedo imaginar la dificultad de esos valientes analistas que pudieron prestarse a la experiencia del pase. Siempre me he preguntado cuál podría ser el resultado de un testimonio atravesado necesariamente por lo que los pasantes suponían que los pasadores querían escuchar.

No es por azar que el seminario de Lacan, posterior al de *La lógica del fantasma*, sea el seminario sobre *El acto analítico*. Se deduce fácilmente que es como si Lacan hubiera querido situar la continuidad lógica existente entre el fantasma y el acto analítico. Desde una perspectiva lógica, efectivamente el acto analítico es una consecuencia del fantasma. ¿Paso al acto...?

En un coloquio reciente organizado por *Espace Analytique*, en París, Alain Vanier hacía alusión al aspecto provocador del título del coloquio: “On forme de psychanalystes” (“Se forman psicoanalistas”), y afirmaba que el enunciado “se forman

psicoanalistas” debe ser leído en el mismo contexto lógico que el enunciado “pegan a un niño”.

Gérard Pommier ya había puesto anteriormente en tensión esta pregunta por el deseo del analista y su relación con el fantasma, y había hecho una lectura minuciosa sobre este tema en su artículo titulado: “À propos du fantasme de devenir psychanalyste”⁴, dedicado a la formación del psicoanalista.

En esta paradoja que introduce el enunciado “se forman psicoanalistas”, cuya dialéctica fantasmática es equivalente al enunciado “pegan a un niño”, el analista en formación e incluso analistas confirmados, no tienen otra alternativa que quedar fijados al objeto de ese fantasma, es decir, la garantía. Un ejemplo flagrante es el que había evocado más arriba, de analistas confirmados del Cuarto Grupo que, en la dificultad de soportar lo imposible de la transmisión, la ignorancia radical que se deduce de la transmisión y de la formación del analista, se precipitaron a buscar la garantía internacional.

El fantasma como tal es una pantalla que hace metáfora de la verdad imposible del sujeto, y si no se hace el desmontaje necesario de las identificaciones que se adhieren al fantasma de devenir psicoanalista, este último va a producir los efectos que conocemos, tanto a nivel institucional como individual.

El fantasma fundamental corresponde a una dialéctica que produce la articulación de una escena con la estructura misma del deseo. Estrictamente hablando, la consistencia del fantasma es una consistencia lógica. No hay fantasma fundamental porque el fantasma fundamental es la consecuencia lógica de la castración. La metáfora paterna inscribe el fantasma in situ, como una manera de proporcionar al sujeto un velo, un escenario prefabricado, a ese resto que se deduce de la castración. Si la castración deja un resto, una hiancia, el fantasma se instala como una pantalla a ese “nada” que sin el velo del fantasma resulta imposible de soportar. La angustia es la prueba fidedigna.

La consistencia lógica del fantasma fundamental, estando establecida en función del escenario metapsicológico que ese fantasma pone en acto, designa una cierta relación del sujeto con el objeto o, más bien, la relación que el sujeto establece con La Cosa, con lo ausente y lo perdido. En este sentido, el fantasma fundamental inscribe en el campo del deseo la esencia fundamental de todos los fantasmas, a saber: que el deseo no tiene objeto en la realidad. La madre como objeto de deseo, como objeto del horror mismo del deseo en cuanto que objeto del incesto, está irremediabilmente perdida.

4. Una versión en español del artículo en cuestión aparece en este mismo número de la revista: Gérard Pommier, “A propósito del fantasma de devenir psicoanalista”, *Desde el Jardín de Freud*, 9 (2009): 171-184. Las citas del texto en su traducción al español han sido extraídas de dicha versión.



5. La formulación está establecida en función del enunciado cuyo sujeto indefinido del francés “on” se sitúa en la misma línea lógica del enunciado del fantasma “pegan a un niño”, “on bat un enfant”.

6. Gérard Pommier, “À propos du fantasme de devenir psychanalyste”, en *Che Vuoi* 15 (2001): 193-206.

7. Sigmund Freud, “Análisis terminable e interminable” (1937), en *Obras completas*, t. xxiii (Buenos Aires: Amorrortu, 2004).

Lo que Lacan llama fantasma fundamental es la condición de posibilidad de todos los fantasmas. En el mismo sentido en que la represión originaria es la condición de todas las represiones.

Si es imposible hablar de deseo sin una referencia al fantasma, si no podemos escamotear esta referencia al fantasma como condición misma del deseo, la necesidad de situar el deseo del analista con relación al fantasma que lo funda salta a la vista.

El deseo del analista, siempre enigmático, sobre todo en el momento en que el analizante pasa al acto, al acto del analista, en cuanto deseo, se inscribe necesariamente en una lógica que está determinada por el fantasma fundamental. Este acto inédito del analista, de prestar la oreja para escuchar la demanda de un otro que sufre, está forzosamente ligado a las consecuencias de su propio análisis y las condiciones de su desenlace. En ese sentido el análisis del analista es necesariamente más prolongado que el de aquel que busca solamente una relación más saludable con su deseo. Es necesario desmontar las identificaciones que se han fijado al fantasma de devenir psicoanalista. Podemos interrogar aquí si esta no es una de las maneras posible de leer la hipótesis de Lacan sobre la “ida y regreso” del atravesamiento del fantasma.

El querer devenir psicoanalista está necesariamente articulado al universo fantasmático del sujeto; y justamente esto es lo que Gérard Pommier busca interrogar en el artículo citado. Pommier se da a la tarea de demostrar hasta qué punto es esencial tratar la pregunta por el devenir del analista en la misma línea del enunciado “pegan a un niño”. Como lo sugiere Pommier,

[...] “se” quiere curar (“on” *veut soigner*) bajo el reverso del fantasma “pegan a un niño”⁵. Es cuando se logra la subjetivación de ese “se”, que la chispa del deseo de ser analista pone al fuego otra cosa: el deseo *del* analista. El pasaje de un estado al otro sólo significa que el analizante puede dar cuenta de los motivos inconscientes de su vocación, y que, a pesar de todo, persevera.⁶

Es necesario entonces trabajar suficientemente ese “querer ser analista”, esto con el fin de poder sacar las conclusiones necesarias para que el paso al acto de ese fantasma, es decir, su realización, sea útil a la práctica, y no la improvisación de un *modus operandi* que corra el riesgo de parecerse a una práctica silvestre.

El aspecto finito e infinito del análisis introduce siempre la misma paradoja. El título del texto de Freud, “Análisis terminable e interminable”⁷, parecería indicar, en la traducción francesa, que se trata de análisis que pueden terminar, a diferencia de otros que representan una dificultad con respecto al final, es decir de análisis que no se terminan. La lectura del texto permite observar que Freud habla efectivamente de un mismo y único análisis, es decir que el análisis que llega a su conclusión, a otro

nivel —ese mismo análisis— no se termina, es infinito. El análisis es finito e infinito. El fin de análisis es un fin parcial.

De este fin parcial del análisis no se deducen forzosamente las condiciones necesarias para la interrogación del deseo del analista, ya que es un deseo que viene siempre *après-coup*. El momento de paso del analizante al analista está marcado por la confrontación del sujeto con su propio deseo y con ese “nada” que lo soporta.

El analista en devenir es reenviado a la pregunta por el deseo del analista de una manera espontánea, ya que esta se deduce de la larga travesía cronológica de su síntoma y de la manera en que ese síntoma se transforma progresivamente en fantasma, que en último término es fantasma de devenir psicoanalista.

Una vez llegado a ese punto del fuego vivo de la confrontación del sujeto al objeto mismo de la pulsión, para no ser devorado por la pulsión y para no desaparecer, el sujeto debe desear. Debe desear con el fin de intentar resolver el problema que introduce la confrontación a la soledad de su propia desaparición como sujeto. Una vez atravesado el plano de las identificaciones anudadas al “querer devenir analista”, y una vez desmontado el fantasma sobre el cual se soportan esas identificaciones, para no desaparecer, el analizante es animado al deseo. De este modo se ve confrontado con el deseo del analista.

Para esto el analizante-futuro-analista debe llegar a la conclusión lógica de que detrás del fantasma hay un “nada fundamental”, ese objeto de la angustia que sirve de señal de peligro pulsional de ser devorado por la pulsión misma.

La angustia es el único afecto que no engaña en cuanto a la naturaleza misma del objeto del deseo, en la puesta en juego de la interrogación por el deseo del analista. La angustia nos confronta a un “fuera de sí” originario, a La Cosa freudiana, *das Ding*. Es en la confrontación originaria con esta alteridad primera que la experiencia de la angustia devela la íntima relación existente entre la subjetivación de la castración y la relación del sujeto con el deseo del Otro.

La experiencia de la angustia da cuenta de la modificación de la relación del sujeto con el deseo del Otro, es la señal de un cambio de la relación del sujeto al deseo de deseo.

EL DIDACTISMO DE LA COSA

Me parece que para deshacerse de todas esas construcciones imaginarias que conciernen a la formación y al fantasma de devenir psicoanalista, el recurso al cual debemos adherir es a autorizarse de la famosa X, que autoriza al mismo tiempo la transferencia, es decir, esa X como aquello que hace parte de lo no-analizado del deseo de Freud,

cosa que sin duda fue el motor que lo condujo a fundar y orientar la práctica del análisis de las formaciones del inconsciente.

Es importante insistir en el hecho de que, aunque haya sido Lacan quien intentó formalizar la cuestión del deseo del analista, a fin de cuentas el deseo del analista es el deseo de Freud; el primero en verse confrontado a las preguntas que pudieron haber surgido del hecho de sostener ese lugar de analista.

Dado que el deseo del analista no es un deseo puro, el acto del analista es justamente el de autorizarse de “un deseo de obtener la diferencia absoluta”⁸, la diferencia ab-soledad, en sus relaciones con el deseo de Freud y con La Cosa que lo anima. Entre transmisión y filiación, La Cosa pasa de generación en generación de analistas.

El resultado del paso de analizante al analista es una puesta en acto sintomática, en el sentido en que el deseo del analista está anudado con un síntoma que es la ignorancia misma en cuanto a la naturaleza de ese deseo. “En ese sentido, la experiencia del análisis se transmite gracias al defecto mismo que el análisis introduce”⁹. Dicho de otro modo, devenir psicoanalista es un síntoma que está necesariamente anudado con la ignorancia propia de la función misma del analista, cosa imposible de escamotear, ya que es una consecuencia lógica del análisis, como lo fue seguramente también para Freud.

La peste no tiene vacuna. La pulsación de lo que anima a un analizante a devenir analista se impone, y se impone a título de una relación renovada con el objeto de su síntoma y por ende con el objeto del deseo. Me parece que esta es una manera de leer el enunciado de Lacan en “Variantes de la cura tipo”, cuando afirma que “el analista, en efecto, no podría adentrarse en ella [la práctica analítica] sino reconociendo en su saber el síntoma de su ignorancia”¹⁰.

Moustapha Safouan hace un comentario bastante elocuente con respecto a ese saber del analista:

Salta a la vista que la ignorancia aquí evocada, no se obtiene sino al precio de otro saber que aquel que hay que olvidar. Ese saber, el saber del psicoanalista, no sabría contentarse al definirlo como un “saber escuchar”. Esta respuesta se queda corta si no decimos nada de aquello que escuchamos, y que constituye de este modo los medios de nuestra acción. Interroguémonos entonces: ¿qué es la palabra?¹¹

El final relativo del análisis confronta al sujeto con aquello que podemos caracterizar como lo fundamental de su existencia, como el resultado de un saber agujereado, el lugar mismo de la ignorancia. El analista en devenir se ve confrontado a este “nada fundamental”, ya que la demanda de análisis está en relación directa con la tentativa

8. “El deseo del análisis no es un deseo puro. Es el deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el sujeto, confrontado al significante primordial, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Solo allí puede surgir la significación de un amor sin límites, por estar fuera de los límites de la ley, único lugar donde puede vivir”. Jacques Lacan, *El seminario de Jacques Lacan, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, óp. cit., 284.

9. Gérard Pommier, “À propos du fantasme de devenir psychanalyste”, óp. cit.

10. Jacques Lacan, “Variantes de la cura-tipo”, en *Escritos* (México: Siglo XXI, 2005), 344.

11. Moustapha Safouan, *Le transfert et le désir du psychanalyste*. (Paris: Editions du Seuil, 1988).

de reparar por la palabra lo que fue anudado por la palabra. La experiencia del fin de análisis apunta a la dialectización de las relaciones que el sujeto establece con su propio “nada”, con su propia castración. El sujeto demanda un análisis para recorrer la historia de las relaciones establecidas con el objeto, hasta el momento de confrontación con los orígenes de su acceso al orden del lenguaje. El sujeto quiere hablar porque no soporta la modalidad de goce que le impone su posición en la estructura.

Pommier evoca este aspecto del fantasma de devenir psicoanalista, en sus relaciones con los orígenes del trauma:

Antes de “pegan a un niño” se escucha el grito de desvalimiento primero, luego del reencuentro con el prójimo. Es a un tal prójimo que aquel que deviene analista encuentra en un desplazamiento de los orígenes al lugar de su atemporalidad. El fantasma primordial, los fantasmas fundamentales recubren el primer traumatismo del encuentro del sujeto con el lenguaje, que relativiza todos los otros traumatismos, el trauma sexual, de la escena primitiva y de la escena de seducción.¹²

La sucesión de traumatismos que organizan la existencia del sujeto se deriva del trauma fundamental, la hiancia que es el lugar del “nada”, de La Cosa, y es esta subjetivación de la relación del sujeto con La Cosa, como aquello que es del orden de lo radicalmente imposible, lo que produce la relativización de la puesta en escena del fantasma.

En la experiencia del análisis el “nada” es algo, puesto que la caída del sujeto-supuesto-saber devela el hecho de que detrás de la suposición de saber, piadoso semblante que el analizante atribuye al analista, hay el “nada”. Lo que hay es la roca de La Cosa, si puedo decirlo de este modo, es decir, la falla del lenguaje que hace que el sujeto busque los medios para inventar una relación con el inconsciente que lo incita a interrogar sus formaciones, y que lo lleva a autorizarse de un trabajo práctico y de un trabajo teórico teniendo a algunos otros como testigos e interlocutores.

Si la angustia no es sin objeto, me parece que es un objeto al cual no podemos atribuirle ninguna sustancia, o ni siquiera una definición algebraica como es el caso del objeto *a*, que es la única herramienta de la que disponemos para dar cuenta de este “nada” fundamental.

Ese “nada” que está detrás de la pantalla del fantasma parece determinar el lugar más íntimo de la relación del sujeto con el prójimo. El “nada” es el resultado de un traumatismo fundamental, es decir, la fisura misma del orden simbólico.

Para concluir, yo diría que no hay formación del analista al mismo título en que no hay devenir analista. Hay analista o no lo hay, y únicamente en el interior del dispositivo, lo cual significa que la pregunta por el ser del analista está fuera de lugar.

12. Gérard Pommier, “À propos du fantasme de devenir psychanalyste”, óp. cit.



El analista es una posición, una posición de discurso que organiza el dispositivo del análisis de manera que alguien que lo demanda pueda atravesar y desmontar el plano de las identificaciones fijadas al síntoma, y que están en el origen de la demanda. La experiencia organiza la sucesión que, en la pulsación de un tiempo lógico, llega ineluctablemente al momento en que la rememoración no es necesaria. Solo queda La Cosa en su estado bruto, en su estado más elemental.

Considero que no tenemos otra alternativa que continuar en el didactismo de La Cosa, es decir que tanto en la práctica como en el trabajo de grupo, la tentativa de cernir La Cosa (como imposible) es el punto de fuego vivo que estamos llamados a atizar continuamente. Es la única vía para confrontar las preguntas que se derivan del enigma que introduce el inconsciente en la cultura.

La verdad del inconsciente es una verdad incurable...

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, SIGMUND. "Análisis terminable e interminable" (1937). En *Obras completas*, t. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- FREUD, SIGMUND. "Pegan a un niño". En *Obras completas*, t. XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- LACAN, JACQUES. "Intervención de Jacques Lacan sobre el pase". *Congreso de La Grande Motte. Lettres de l'Ecole Freudienne* 15 (1975): 185.
- LACAN, JACQUES. *El seminario de Jacques Lacan, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Argentina: Editorial Paidós, 1989.
- LACAN, JACQUES. *L'acte analytique*. Paris: Association Lacanienne Internationale, 1999.
- LACAN, JACQUES. *La logique du fantasme*. Paris: Association Lacanienne Internationale, 2000.
- LACAN, JACQUES. *Le savoir du psychanalyste*. Paris: Association Lacanienne Internationale, 2001.
- LACAN, JACQUES. "Variantes de la cura-tipo". En *Escritos*. México: Siglo XXI, 2005.
- POMMIER, GÉRARD. *Le dénouement d'une analyse*. Paris: Flammarion, 1999.
- POMMIER, GÉRARD. "À propos du fantasme de devenir psychanalyste". *Che Vuoi* 15 (2001): 193-206.
- POMMIER, GÉRARD. *La névrose infantile de la psychanalyse*. Toulouse: Editions Érès, 2009.
- SAFOUAN, MOUSTAPHA. *Le transfert et le désir du psychanalyste*. Paris: Éditions du Seuil, 1988.